

todos los actos de los esclavos y les impedían trasladarse, por las noches, de una plantación á otra sin pasaporte, ó reunirse en *meetings* sin la presencia de un blanco, por lo menos.

Los «Ku-Klux» operaban como las «patrullas» principalmente por la noche, pero eran mucho más crueles que éstas. En el fondo aspiraban á sofocar en el negro todo germen de ambición política; pero no se limitaban á esto; incendiaban las escuelas y las iglesias y causaban gran número de víctimas inocentes. Durante aquel período muchos negros perdieron su vida.

Las atrocidades de aquellas turbas desenfrenadas, causaron profunda impresión en mi espíritu de muchacho. Fuí testigo de una escaramuza que tuvo lugar en Malden, entre negros y blancos. Había, en cada campo, un centenar de hombres; y muchos de entre ellos fueron gravemente heridos como el general Lois Ruffner, el marido de mi buena amiga la señora Viola Ruffner. El general Ruffner, quiso tomar la defensa de los negros y se vió derribado, recibiendo heridas tan graves, que nunca pudo restablecerse por completo. El espectáculo de aquella lucha me arrebató toda esperanza sobre el porvenir de mi raza en América, y fueron aquellos días sombríos, tal vez los más tristes de la época de mi regeneración.

He hecho alusión á aquel triste episodio de la historia de los Estados del Sud, únicamente para hacer notar el cambio que se ha producido desde los tiempos del «Ku-Klux». Ya no hay rastro de semejantes asociaciones; su propia existencia ha caído en el olvido general; hoy quedan pocos sitios, en el Sud, donde la conciencia pública, tolerase la existencia de semejantes organismos.

☞ CAPÍTULO V. — LOS DÍAS DE LA REGENERACIÓN. ☞☞☞

El lapso de tiempo comprendido entre 1867 y 1878 puede llamarse en mi concepto, el período de la «regeneración.» Comprende el tiempo que pasé como estudiante en Hampton y como Director de la Escuela en Malden. Dos ideas principales privaban por entonces en la conciencia de los educandos negros: el apasionamiento ciego por los estudios clásicos (griego y latín) y la ambición de llegar á ser empleados del Gobierno.

No era dable esperar que un pueblo del que muchas generaciones habían vivido en la esclavitud y en las más profundas tinieblas de la ignorancia, comprendiera, desde el primer momento, el verdadero alcance de la educación. Durante el período de la regeneración, las clases diurnas y nocturnas en todos los Estados del Sud, rebosaban de alumnos de todas clases y condiciones. Algunos tenían sesenta y setenta años.. Este deseo de instruirse era indudablemente laudable y alentador. Pero la idea general que, desgraciadamente, animaba á la mayoría de aquellos alumnos era que, una vez instruidos, iban á verse libres de toda preocupación en este mundo ó, cuando menos, de todas las fatigas que acarrea el trabajo manual. También creían que el conocimiento, aunque fuese superficial, de las lenguas griega ó latina, convertían al hombre en un ser casi sobre-

humano. Recuerdo perfectamente la admiración y la envidia que despertó en mí el primer negro á quien oí hablar un poco en lengua extranjera.

La mayor parte de los negros que se instruían, se hacían luego maestros ó pastores (sacerdotes.) Aunque muchos de ellos eran capaces, graves y piadosos, la mayor parte profesaban la enseñanza ó el sacerdocio, esperando llevar una vida más reposada y fácil. Entre los maestros había algunos cuya ciencia se limitaba á escribir su nombre. Uno de estos buscaba local por los alrededores de nuestra casa y habiéndole preguntado incidentalmente qué pensaba enseñar á sus alumnos respecto á la forma de la tierra, respondió que estaba dispuesto á enseñar que la tierra era plana ó redonda, según lo que quisiera la mayoría de sus clientes.

Pero este falso concepto de la educación se reflejó principalmente en la carrera sacerdotal, que todavía se resentía de él, á pesar de los cambios verificados en la opinión, no tan sólo por la ignorancia, si no también por la inmoralidad de los que se decían «llamados á predicar la buena nueva.» Pudo notarse que en los primeros días que sucedieron á la emancipación, todo negro recibía una de esas «llamadas á la predicación» apenas comenzaba á conocer las letras. En la Virginia del Oeste, donde yo habitaba, el procedimiento era curiosísimo. El sujeto en cuestión, recibía de ordinario «la llamada» en la iglesia. Caía en tierra, como herido de una bala y permanecía allí unas cuantas horas sin voz ni movimiento. Entonces corría la voz de que había recibido una «llamada». Si se le ocurría negarse á aquella inspiración celeste, volvía á caer una y otra vez y no le quedaba otro remedio que ceder. Recuerdo que, deseando sinceramente instruirme, yo me vi atormentado, al principio de mi instrucción, por el temor de re-

cibir, cuando supiera leer y escribir, una de esas «llamadas»; pero no sé por qué no la recibí jamás.

Cuando se hace el recuento de todos los hombres, ignorantes ó instruídos, que profesaban el sacerdocio, se comprende que el número de pastores era más que suficiente. Yo conozco una iglesia que sobre doscientos miembros, contaba recientemente diez y ocho pastores. Pero de todas maneras, repito, que el nivel intelectual del sacerdote ha subido en la mayoría de las comunidades del Sud, y creo que, dentro de unos treinta años, el número de los malos disminuirá notablemente. Conviene advertir que las «llamadas» ya no son tan frecuentes y que cada día crece el número de negros que, al acabar sus estudios, escogen una profesión industrial. Entre el personal de enseñanza es todavía mayor el progreso.

Como el hijo confía en su madre para todo lo que necesita, nuestras gentes del Sud confiaban en el gobierno federal durante el período de su regeneración. Era muy natural. El gobierno les había dado la libertad; durante más de dos siglos toda la nación se había enriquecido con el trabajo de los negros. Yo no he podido perdonarle nunca al gobierno federal el no haberse preocupado de asegurar á los negros, desde el mismo día de la emancipación, los recursos suficientes para prepararse con más libertad al cumplimiento de sus nuevos deberes cívicos.

Pero es fácil criticar y recetar lo que hubiera debido hacerse; tal vez los que estaban al frente del gobierno hicieron lo único que entonces era factible. A pesar de todo, cuando pienso en aquel primer período de nuestra libertad, no puedo menos que lamentar el que no se pensara en formular una ley sometiendo el ejercicio del voto á la previa justificación de un cierto gra-

do de instrucción, de una porción determinada de propiedad ó de ambas cosas á la vez; ley que hubiera sido necesario aplicar imparcial y honradamente á las dos razas.

Aunque muy joven, yo sentía que se estaban cometiendo desaciertos en la dirección de la cosa pública y que aquello no podía prolongarse largo tiempo. Veía igualmente que la política del período de regeneración en lo que concernía á mi raza, descansaba sobre principios falsos y que era artificial y estrecha. Se utilizaba la ignorancia de los negros para procurar á los blancos los mejores cargos públicos. Por otra parte, había en los Estados del Norte, un partido que, para vengarse de los blancos del Sud, obligaba á los negros á aceptar posiciones que les colocaban por encima de sus enemigos. En resumidas cuentas ¿quién, sino el negro, había de resentirse? Además de que esta fiebre política distraía á los negros de lo que era entonces más importante para ellos: el aprendizaje de los oficios á su alcance y la adquisición de un poco de propiedad.

Tuve un momento la fuerte tentación de lanzarme á la política; pero el sentimiento de que podría hacer obra más útil preparando una raza fuerte por medio de una sólida educación á la vez intelectual, profesional y moral, me apartó de semejante idea. He conocido negros, miembros legislativos de los Estados y funcionarios civiles, que no sabían leer ni escribir y que dejaban mucho que desear desde el punto de vista de la inteligencia y la moralidad.

No hace mucho tiempo pasaba yo por una de las calles de cierta ciudad del Sud, cuando oí que varios albañiles, desde lo alto del andamio donde trabajaban, llamaban á uno de sus ayudantes con el nombre de «Gobernador» para decirle que se diera prisa en subirles

unos cuantos ladrillos que faltaban. Muchas veces les oí decir: «Date prisa, Gobernador.» Picado de curiosidad quise informarme sobre la identidad de aquel gobernador y supe, que, en efecto, había ocupado, en un momento dado, el cargo de gobernador en el Estado á que pertenecía.

Pero no todos los negros que, por aquel tiempo, fueron investidos de altas funciones políticas eran indignos de ellas. Algunos, como B. K. Bruce, el gobernador Pinchback y muchos otros, eran hombres graves, íntegros y útiles. Aún entre los designados con el apodo de *carpet baggers* (1) los había, como el gobernador Bullock de la Georgia y otros muchos, que eran hombres de carácter y prestaron grandes servicios.

Faltos por completo de instrucción y de experiencia política, los negros, cometieron, naturalmente, como cualquier otro pueblo que se hubiera hallado en sus mismas condiciones, yerros enormes. Los blancos de los Estados del Sud siguen creyendo que, si hoy día se les concedieran á los negros derechos políticos más ó menos restringidos, volverían á caer en los mismos errores de entonces. En mi concepto esta opinión es exagerada, porque el negro tiene más experiencia y más instrucción que hace treinta y cinco años, y porque, además, ha aprendido, á costa suya, que no puede prescindir del concurso de sus vecinos, los blancos del Sud. Estoy más convencido que nunca de que el problema del porvenir político de mi raza estará resuelto cuando los Estados, creyendo oportuno modificar su legislación electoral, elaboren leyes imparciales y honradas que puedan aplicarse por igual á entrambas razas.

(1) *Mozos de equipajes*; porque, con una maleta en la mano, sin propiedad ni domicilio, cayeron sobre el Sud para aprovecharse del desorden que sucedió á la guerra.—(N. del T.).

Mis diarias observaciones en el Sud me hacen creer que toda otra táctica resultaría injusta para el negro, para el blanco y para los demás Estados de la Unión y sería, como la esclavitud, una iniquidad que habríamos de pagar un día ú otro.

Durante el otoño de 1878, después de haber enseñado dos años en la escuela de Malden y de haber preparado para su ingreso en Hampton á mis dos hermanos y á varios jóvenes y muchachas, resolví irme á pasar unos cuantos meses á Washington, para continuar allí mis estudios. Mi estancia duró ocho meses. El provecho que saqué de aquellos estudios fué abundante y al mismo tiempo, gracias á ellos, entré en relación con algunos hombres y algunas mujeres de extraordinario carácter. En aquella institución no se daba ninguna enseñanza profesional, lo que me permitió establecer su comparación con la de Hampton, donde tanta importancia se concede á esta enseñanza. En Washington, noté que los discípulos eran, más ricos, iban vestidos á la última moda y, en ocasiones, parecían más inteligentes. La organización de Hampton permitía á ciertos alumnos continuar sus estudios á expensas de algunas personas que la administración se encargaba de buscar; pero, en general, discípulos y discípulas venían obligados á subvenir á sus propios gastos de pensión y á pagar su material de clases, sus trajes y su habitación, ya totalmente con su trabajo, ya parte con su trabajo y parte con su dinero. En Washington la mayoría de los estudiantes encontraba el modo de hacerse pagar, en una ú otra forma, sus gastos personales; en Hampton, el estudiante debía bastarse á sí mismo gracias á su trabajo manual, lo que era extremadamente importante para la formación del carácter. De aquí que los estudiantes de Washington fueran menos independientes, y

parecieran conceder más atención á las apariencias; en una palabra, no me hacían el efecto de poseer un fondo tan sólido como los de Hampton; si tenían mayor conocimiento del griego y del latín, me parecían, en cambio, menos al corriente de las verdaderas exigencias de la vida que, más tarde, en sus hogares, debían presentárseles. Después de vivir cómodamente dos años estaban poco dispuestos para regresar á los distritos rurales de los Estados del Sud, donde toda comodidad faltaba y preferían á esto el empleo de mozos de hotel ó de factores en los *pulmann-cars*.

Durante mi permanencia en Washington, la ciudad estaba atestada de negros de los que una gran parte acababa de llegar del Sud. Contribuía, en mucho, á esta influencia la idea de que la vida allí era fácil. Algunos se habían procurado plazas inferiores en la administración; los otros, más numerosos, esperaban que el Gobierno les empleara. Había negros de cierta posición, que se sentaban en la Cámara de diputados y uno de ellos, el honorable B. K. Bruce, tenía un sitio en el Senado. Todo esto contribuía á hacer de Washington un lugar lleno de atractivos para los negros. Estos sabían, además, que en el distrito de la Colombia podían apelar á la protección de la ley. Las escuelas públicas de Washington eran mejores que las de otras partes. Y allí pude yo hacer, sobre mi pueblo, un estudio de costumbres que me interesó vivamente. Si, por una parte, había un contingente respetable de hombres de valer y de buenos ciudadanos, comenzaba á dibujarse, por otra parte, una clase demasiado numerosa cuya ligereza de espíritu me causaba serias inquietudes. He visto jóvenes negros, cuyas rentas no pasaban de cuatro dollars por semana, derrochar la mitad el domingo, paseando en coche por la avenida de Pennsylvania, para convencer

á los demás de que eran millonarios; otros, á quienes el Gobierno pagaba de setenta y cinco á cien dollars mensuales, llegaban al cabo del mes llenos de deudas; y, finalmente, otros que meses antes formaban parte del Congreso, al perder su empleo, se quedaban en la miseria. Los había que para todo contaban con el Gobierno; no había ambición en ellos; hubieran querido que se crearan empleos para su uso particular. ¡Cuántas veces he deseado luego tener el mágico poder necesario para trasladar á la gran masa de aquella población á los campos y encariñarla con la tierra, base inmutable que no engaña nunca, reservorio de la Naturaleza de donde han arrancado, lenta y penosamente, pero llenas de seguridad, todas las naciones y todas las razas que debían alcanzar más tarde un grado capital de civilización!

Yo he visto en Washington que las muchachas, cuyas madres eran lavanderas, aprendían el oficio de sus madres, y luego, cuando tenían la edad suficiente, frecuentaban las escuelas públicas durante seis ú ocho años. Al terminar sus estudios tenían, en materia de tocados, pretensiones muy poco en relación con su estado, porque sus necesidades habían aumentado en número, mientras que sus medios no habían crecido en proporción y los seis ú ocho años de estudio habían servido únicamente para hacerles tomar horror al oficio de sus madres. Con mucha frecuencia era aquello causa de que se perdieran. ¡Cuánto más prudente habría sido proporcionar á aquellas jóvenes, al mismo tiempo que una sólida cultura intelectual, en idiomas ó en matemáticas, un oficio del que podrían haber hecho aprendizaje según los mejores y más recientes métodos!

§ CAPÍTULO VI.—LA RAZA NEGRA Y LA RAZA ROJA. 707

Durante mi permanencia en Washington y antes de ella, se había originado un serio movimiento en demanda de que la capitalidad de la Virginia del Oeste, localizada en Wheeling, se trasladara á otra ciudad más céntrica. La Legislatura había designado tres ciudades sobre las cuales tenía que recaer la votación. Una de ellas, Charleston, no estaba más que á unas cinco millas de Malden, mi residencia. A fines de mi año escolar en Washington, tuve la agradable sorpresa de recibir una invitación del comité de blancos de Charleston, pidiéndome que hiciera una excursión por el Estado para sostener los intereses de su ciudad. Accedí á la demanda y durante tres meses pronuncié algunos discursos en las diferentes localidades del Estado. Charleston se llevó la victoria y, desde entonces, ha sido sede permanente del Gobierno.

La reputación que como orador me conquisté durante aquella campaña inspiró á muchas personas la idea de inclinarme á la política. Como anteriormente, supe resistir á aquellas insinuaciones, convencido como estaba de poder prestar mayores servicios á mi raza desde

otro terreno. Ya entonces abrigaba la profunda creencia de que lo que, por encima de todo le interesaba á nuestro pueblo, era obtener un poco de instrucción, de habilidad industrial y de propiedad, cosas más dignas de sus esfuerzos que los engrandecimientos debidos á los manejos políticos. Y por lo que á mí propio se refería, aunque me reconociera capaz de triunfar en la carrera política, no se me ocultaba que el entregarme á ella habría sido satisfacer una ambición egoísta en detrimento de un deber ineludible y urgente: el de trabajar por la educación de mi pueblo.

Por aquel tiempo, los negros que estudiaban querían hacerse abogados ó diputados y las mujeres maestras de música. Pero, en mis adentros, ya sentía yo la importancia de otras muchas cosas que debían hacerse antes de preparar el camino á los grandes abogados, á los diputados y á los maestros de música.

Esto me recordaba la historia de un negro que, durante los días de la esclavitud, quería aprender á tocar la guitarra. Dirigióse en consecuencia, á uno de sus dueños, quien no teniendo más que una confianza muy limitada en las aptitudes musicales del esclavo, le dijo así, para apartarle de su idea: «Querido Jack, estoy dispuesto á enseñarte yo mismo, á tocar la guitarra; pero te haré pagar tres dollars por la primera lección, dos por la segunda, uno por la tercera y veinticinco céntimos por la última.» — Jack le respondió: «Patrón, acepto el trato, pero á condición de que comencemos por la última lección.»

Apenas terminada mi campaña en favor de Charleston, recibí una nueva sorpresa que me colmó de alegría. El general Armstrong me mandó una carta pidiéndome que asistiera á la apertura de curso en Hampton y pronunciara en ella el llamado «discurso de los es-

tudiantes laureados.» Nunca me habría atrevido á soñar con semejante distinción. Preparé el mejor discurso de que era capaz, tomando por tema: «La fuerza que triunfa.»

Para trasladarme á Hampton y pronunciar este discurso, tuve que volver á hacer el mismo camino que había recorrido seis años antes para comenzar mis estudios. Esta vez hice en ferrocarril todo el trayecto y el contraste entre ambos viajes no cesaba de ocupar mi imaginación. Creo poder afirmar, sin que se me acuse de vanagloria, que acontece raramente el que cinco años produzcan un cambio tan radical en la vida de un hombre.

Los maestros y los discípulos de Hampton me recibieron con los brazos abiertos. Pude comprobar que, desde mi partida, el instituto había sabido ponerse cada día más al alcance del pueblo y de sus verdaderas necesidades; enseñanza profesional y estudios clásicos, hacían allí reales adelantos. La escuela no estaba formada á imitación de otra ninguna; todas sus mejoras se debían á la superior iniciativa del general Armstrong; dictadas siempre por las exigencias del momento, tendían únicamente al bien de nuestro pueblo. Acontece con frecuencia que, al civilizar las razas inferiores, misioneros y educadores ceden á la tentación de reproducir en ellas lo que se ha hecho en otros países situados á considerable distancia de lugar ó tiempo. Esto equivale á aplicar á diversos sujetos el mismo sistema de educación, sin tener en cuenta su estado intelectual, ni el fin que se persigue; ciertamente, no pasaban así las cosas en Hampton.

Todo el mundo pareció contento de mi discurso en la apertura de clases y con este motivo se me prodigaron elogios alentadores y cariñosos. Vuelto apenas á

mi casa en la Virginia del Oeste, para reanudar mis clases, recibí otra carta del general Armstrong, llamándome á Hampton donde me ofrecía continuar mis estudios, si consentía en encargarme á la vez de una parte de la enseñanza. Esto acontecía en el verano de 1879. Ya se recordará que, apenas llegado á la Virginia del Oeste, yo había escogido cuatro discípulos inteligentes, además de mis dos hermanos, y me había ocupado especialmente de ellos con el designio de prepararles para su ingreso en Hampton. Les admitieron sin dificultad ninguna y les encontraron tan bien preparados que, apenas llegados á la escuela, les hicieron saltar buen número de clases. A esto debía ahora el honor de ser llamado á Hampton como maestro. Entre los jóvenes que había preparado para su ingreso, se encontraba el hoy doctor Samuel E. Courtney, médico famoso de Boston y miembro del Consejo de Instrucción en aquella ciudad.

Por aquel entonces deseaba, además, el general Armstrong hacer un nuevo ensayo: la educación de los indios en Hampton. En general, negábase que los indios fueran capaces de recibir ni de aprovechar una instrucción.

Sin embargo, el general Armstrong quería hacer su experiencia en gran escala. Hizo venir de los Estados del Oeste más de cien indios salvajes completamente ignorantes y en su mayor parte jóvenes. Me recomendó que ejerciera una vigilancia paternal sobre aquellos muchachos indios; yo debía habitar el mismo pabellón que ellos; mantener la disciplina, cuidar de sus cuartos, de sus vestidos, etc. La oferta era tentadora, pero me alegraba de mi obra en la Virginia del Oeste á la que me había entregado con tal entusiasmo, que sentí un vivo

dolor al abandonarla. Lo hice, sin embargo, porque no habría sabido negarle nada al general Armstrong.

En Hampton, tuve que instalarme con setenta y cinco muchachos indios; yo era, entre ellos, el único representante de mi raza. Al principio dudaba de mi capacidad para sacar partido de mis nuevos discípulos.

Sabía que, en general, el indio se consideraba por encima del blanco y con mucha más razón por encima del negro, que se había dejado condenar á la esclavitud, cosa que un indio no habría soportado nunca. Por el contrario, los indios tenían esclavos en los tiempos de la esclavitud.

La idea de hacer obra de civilización entre los indios de Hampton, había sido generalmente acogida con bastante escepticismo. Era una razón más para que yo procediera con circunspección, sintiendo todo el peso de mi responsabilidad. No tardé en ganarme la confianza entera y plena de mis indios, y, me atreveré á decir, su afecto y su respeto. Comprendí que, poco más ó menos como todos los seres humanos, eran sensibles á la bondad y rebeldes á la violencia. Su constante deseo consistía en hacer algo por serme agradables. Lo que más les contrariaba, era romper con su costumbre de llevar los cabellos largos, envolverse en mantas de lana por único vestido y fumar; pero el americano de piel blanca no considera como civilizado más que al hombre que viste como él, se alimenta como él, habla su misma lengua y practica su propia religión.

Una vez en posesión de la lengua inglesa, tenían los indios la misma facilidad para aprender un oficio ó seguir sus estudios que las gentes de mi raza.

Era verdaderamente conmovedor para mí, ver con qué alegría los negros ofrecían sus servicios á los indios. Algunos había que miraban con malos ojos lo que

creían una intrusión; pero eran los menos. Cuando se les pedía que aceptaran á los indios como compañeros de cuarto para acostumbrarles á hablar inglés y á adquirir costumbres de hombre civilizado, no se negaban nunca.

¿Cuántas instituciones de blancos habrían acogido en su seno, con tal cordialidad, cien compañeros de una raza distinta? Y sin embargo, convendría decir á los estudiantes de la raza blanca que se realzan en proporción de lo que hacen por realzar á las otras y que cuanto más infortunada y abyecta es una raza, más se engrandece el que le presta su ayoyo.

Esto me recuerda una entrevista que tuve con Federico Douglass. (1) Me hablaba éste de un viaje suyo en Pennsylvania durante el cual se vió obligado, á causa del color de su piel, á trasladarse al vagón de mercancías, no obstante haber pagado su billete como los demás. Algunos blancos fueron á hablarle manifestándole el sentimiento que les causaba ver que le degradaban así; pero él se irguió sobre su maleta, que le servía de asiento, contestando: «Nadie es capaz de degradar á Federico Douglass; al alma que está en mí, no le llega ningún hombre. No soy yo el degradado por esta injuria, sino los que han querido hacérmela.»

Yo mismo he sido testigo de un incidente muy curioso en una región donde la ley exige todavía la separación de razas en los ferrocarriles y que demuestra que, en ocasiones, es difícil de precisar el límite que divide una raza de otra.

Tratábase de un negro que era verdaderamente ne-

(1) Federico Douglass (1817-1895) era, como Booker Washington, un antiguo esclavo y un orador popular. Fué un gran agitador anti-esclavista.—(N. del T.)

gro, puesto que los suyos lo reconocían como tal, pero de una piel tan blanca, que habría engañado al conoedor más hábil. Este hombre viajaba en un vagón de negros. Cuando pasó el revisor, quedó perplejo; si era negro, no quería enviarle al vagón de los blancos; si era blanco no quería hacerle la injuria de preguntarle si era negro. Examinóle cuidadosamente, le miró los cabellos, los ojos, la nariz y las manos; su perplejidad seguía siendo la misma. Finalmente, para convencerse, tuvo la idea de bajar los ojos y de mirarle los pies. Ahora, dije entre mí, vas á salir de dudas; y, en efecto, el empleado se marchó dejando al negro donde le había encontrado. Yo me alegré infinito de que mi raza no se hubiera visto privada de uno de sus miembros.

Creo que puede juzgarse de la distinción de un hombre por su manera de relacionarse con los hombres de una raza menos favorecida que la suya. No hay más claro ejemplo de esto, que el del antiguo propietario de los Estados del Sud cuando se encuentra en contacto con sus esclavos de otro tiempo ó con los descendientes de éstos.

Jorge Washington, es también, un claro ejemplo de lo que digo. Cuéntase de él que encontrándose un día con un negro que le saludó cortésmente, le devolvió el saludo. Tacharon su acto de condescendencia superflua y respondió: «Vosotros querríais que un negro ignorante y pobre fuera más cortés que yo.»

Durante mi permanencia en Hampton, mis relaciones con los indios me revelaron, más de una vez, los singulares efectos que producen los sentimientos de casta. Sucedió que uno de los muchachos indios cayó enfermo y fué preciso acompañarle á Washington y presentarle al ministerio del Interior para que le firmaran un pasaporte que le permitiera regresar á su «reserva-

tion» (1) del Oeste. Todavía entonces estaba yo poco al corriente de los usos del mundo.

Ya en el vapor que nos trasladaba á Washington, tuve buen cuidado de esperar á que la mayor parte de los viajeros hubiera terminado su comida, antes de acercarme á la mesa; pero, no por eso, el *maitre d'hotel* dejó de manifestarme muy cortésmente en cuanto nos vió aparecer por el comedor, que únicamente el indio podría hacerse servir. Yo me preguntaba de qué modo habría sabido establecer la diferencia entre nosotros dos, dado que casi teníamos el mismo color de piel. Pero parece que aquel *maitre d'hotel* era un experto en la materia. En Hampton me habían dado las señas de un hotel de Washington donde debíamos alojarnos. Pero también allí se reprodujeron las objeciones: podían alojarse á mi protegido; yo tuve que marcharme á otro sitio.

Todavía hube de presenciar algún tiempo después, un hecho análogo. Me encontraba en una ciudad un día en que toda la población era pábulo de una indignación tan grande, que hacía temer algunos linchamientos. Lo que había ocasionado aquella agitación, era sencillamente la llegada de un hombre de color sombrío que había tenido la audacia de hacerse recibir en un hotel de la localidad. Pero bien pronto se calmó la furia popular. Súpose que se trataba de un marroquí, que hablaba inglés. El inocente autor de aquel tumulto juzgó prudente no volver á hablar inglés en su vida.

A fines de mi primer año de permanencia entre los indios, me fué ofrecido un cargo que siempre consideraré como un medio que me envió la Providencia para

(1) Llámase «reservation» á los territorios concedidos por el gobierno federal á las tribus indias donde éstas viven bajo la protección y vigilancia de los agentes federales.—(N. del T.)

prepararme á mi obra ulterior de Tuskegee. El general Armstrong había notado que gran número de muchachas y muchachos negros, llenos de deseo de instrucción, no podían satisfacer este deseo por falta de medios con que pagar su pensión y adquirir libros. Entonces concibió la idea de fundar una clase nocturna en relación con el instituto. Un número determinado de alumnos y alumnas podrían ser admitidos en esta clase de noche, que duraría dos horas, sin otra condición que la de trabajar diez horas durante el día. Como retribución por su trabajo recibirían un plus sobre el precio de su pensión. La porción más grande de sus salarios tenía que depositarse en la caja de la escuela y contribuir á sufragar sus gastos cuando pasaran á ser alumnos de la escuela de día, después de uno ó dos años de asistencia á la de noche. De este modo podrían beneficiar de los primeros elementos de instrucción indispensable, del aprendizaje de un oficio y de otras numerosas ventajas del instituto.

El general me rogó que tomara la dirección de esta clase nocturna y así lo hice. Empecé con una docena de alumnos y alumnas animosos. Durante el día los muchachos trabajaban en la fábrica de aserrar que poseía la escuela y las muchachas en el lavadero.

Ni los unos, ni las otras tenían la tarea fácil, pero, en toda mi carrera de maestro, no he vuelto á encontrar alumnos que me dieran más satisfacción. Estudiaban y cumplían con sus deberes dentro de la absoluta perfección. Ni por casualidad hubieran abandonado la clase antes de sonar la hora; por el contrario, me pedían muchas veces que les prolongara la lección. Aquellos discípulos tenían tanto ardor para el trabajo del día como para las lecciones de la noche; yo di á su clase el sobrenombre de «clase de los bravos», sobrenombre que

hizo fortuna en el establecimiento y que se le conserva todavía. Cuando un alumno había asistido por algún tiempo á mi clase nocturna, recibía un certificado impreso, concebido en estos términos: «El infrascrito, certifica que James Smith formó parte de la «clase de los bravos» y que es un alumno bueno y asiduo.»

Los alumnos apreciaban mucho estos certificados que contribuyeron poderosamente á la popularidad de las clases nocturnas. En el espacio de algunas semanas, el número de asistentes había ascendido á veinticinco. Hay, entre ellos, algunos á quienes nunca más he perdido de vista y que ocupan posiciones honrosas y útiles en diferentes partes del Sud. Esta clase nocturna de Hampton, que comenzó con doce discípulos apenas, cuenta hoy de trescientos á cuatrocientos alumnos, y se ha convertido en una de las ramas principales de aquella institución.

CAPÍTULO VII.—MIS COMIENZOS EN TUSKEGEE. ❧

Aunque encargado de los indios y de la clase nocturna en Hampton, continuaba mis estudios bajo la dirección de profesores especiales. Uno de estos profesores era el doctor H. B. Frissel, director actual del Instituto de Hampton y sucesor del general Armstrong.

En mayo del 1881, á fines de mi primer año de enseñanza en la clase nocturna, se me presentó inesperadamente la ocasión de emprender resueltamente mi verdadera profesión. Una tarde, en la capilla, después del servicio acostumbrado, el general Armstrong habló de una carta que le habían mandado de Alabama, suplicándole que buscara una persona idónea para encargarse de la dirección de una escuela normal de negros, que se pretendía fundar en la pequeña villa de Tuskegee, en el Estado del mismo nombre. Creíase que sólo un blanco podría reunir las necesarias condiciones. El general Armstrong me llamó á parte y, con asombro mío, me preguntó si me sentía con fuerzas para aceptar aquella dirección. Respondíle que estaba dispuesto á probarlo. Entonces escribió á los interesados, diciéndoles que no conocía ningún blanco que reuniera las condiciones requeridas; pero, que podía recomendarles un negro, si el color no había de ser obstáculo, y, á continuación, da-